



Depósito Legal O-2-1958 (Edición General), AS-751-2001 (Edición de Gijón), AS-752-2001 (Edición de Avilés), AS-753-2001 (Edición de las Cuenca), AS-754-2001 (Edición del Occidente), AS-755-2001 (Edición del Oriente), AS-01235-2016 (Edición de Oviedo), ISSN 1131-8279 (Edición General), 1136-1557 (Edición de Gijón), 1131-8244 (Edición de Avilés), 1136-4955 (Edición de las Cuenca), 1577-4910 (Edición del Oriente), 1577-4902 (Edición del Occidente), 1577-5321 (Internet), 2445-4605 (Edición de Oviedo)



Eduardo Urdangaray, "Cuco", en su casa de Langreo.

J. R. SILVEIRA

Hoy es siempre todavía

EDUARDO URDANGARAY
Fotógrafo

"Hay patrimonio industrial en las cocheras, para preservarlo o venderlo en 'todocolección'"

"El proceso minero está enterrado, queda un anhelo nostálgico de un tiempo reciente, pero que se percibe lejano y no volverá"

Javier CUERVO

Eduardo Urdangaray (Mieres 1969), "Cuco", fotógrafo de periódicos, revistas y agencias de noticias, montó sus propias empresas de fotografía y publicidad, pasó casi tres años de paro y ahora ordena su más de medio millón de fotos de los últimos 30 años de la minería asturiana y extranjera. Gestiona el Archivo Histórico Minero, un proyecto colaborativo que creó con su colega Ramón Jiménez en 2007, donde la gente aporta imágenes mineras de cualquier época y publica sus libros "Tierra negra. Minas y mineros".

—Tuve tiempos mejores. Matías, mi hijo de 5 años, es una alegría diaria; laboralmente, voy tirando. La prensa cambió del cielo a la tierra. La experiencia da una visión distinta a cuando eres 20 años más inconsciente.

—¿Hay una descarbonización acelerada de la sociedad?

—El proceso minero está enterrado y hay un anhelo nostálgico de mucha gente de un tiempo muy reciente, pero que se nota lejano y que no volverá. Estoy

grabando a mineros antiguos para hacer la memoria oral del Bierzo y Bembibre para el Museo de la Minería de Castilla y León. Pasaron antes por esa transición, veo nuestro futuro inminente: el desierto, el paro, la calle principal con pocos locales abiertos. Un futuro más oscuro que el negro.

—Conoció zonas reconvertidas que iban a ser modelo.

—Alemania, Polonia, la República Checa, Sudáfrica, Francia... Podríamos ser una potencia en patrimonio industrial, pero hasta hace dos años, el turismo industrial era como la peste y aquí había que sacar carbón y quemarlo en la térmica. Se cerraba un pozo, se derribaba, se pasaba por la excavadora, se vendía el castillete a la chatarra por 3.000 euros y se dejaba un solar de 20.000 metros cuadrados para atraer empresas. Tenemos miles de metros cuadrados de terreno industrial vacío.

—¿Qué hacía Alemania?

—Hace veinte años los técnicos alemanes y polacos ya contaban aquí, en jornadas de patrimonio industrial, que las minas continuaban en el mismo estado que el último día, que a los mineros se les pagó un plus simbólico por dejar ropa y enseres en su taquilla y que pusieron un guardia para que la gente no entrase a robar.

—¿Se hizo caso?

—No. Turón se estudia en Alemania como el valle que tenía más explotaciones mineras de Europa. Quedan cuatro restos, es-

"Ruanda fue el peor conflicto, pero pasé más peligro en Burundi"

"Me arrepiento de haber quedado en las Cuenca, fui gilipollas"

tá degradado y despoblado. Lo que estaba en los pozos está en las cocheras de gente particular. Hay aficionados al coleccionismo minero, para preservarlo o para venderlo en "todocolección".

—¿Ve a su hijo viviendo en la cuenca en el futuro?

—Espero que no.

Hijo de un taxista de Langreo y de un ama de casa de Mieres, quinto de ocho hermanos, a los 13 años fue a vivir a Sama y a los 17 años dejó de estudiar. Suspendía todo porque solo le interesaba ser fotógrafo o director de cine.

—Tengo 4.000 libros, que leí, pero no saqué el graduado escolar en su momento. Un día, saliendo de revelar, con las copias en la mano mojadas, me paró Flor Pa-

vón, de "La Voz de Asturias", me dijo que necesitaba un fotógrafo, la acompañé a entrevistar a un paisano y p'ante.

—¿Su primer sueldo?

—7.000 pesetas de 1986. No daban para vivir, pero sí para independizarme con otros tres.

—¿Sabía qué quería hacer?

—Fotos. En la prensa, cada día era diferente. Me atraparon las movilizaciones mineras, me sentía muy suelto, era un guajete, no veía peligro en que fuese a hacer fotos y me colaba en muchos sitios. Cuando venían las estrellas de los periódicos nacionales iban conmigo para que les rompiesen la cámara o les partiesen la cara. Ellos me animaron a salir.

—¿Adónde?

—Con 18 años fui a los campos saharauis de Tinduf. Con Ana Expósito, de Televisión de Galicia, y Fernando Quintela, de "El Mundo", fui siete veces a la guerra de Bosnia. Pasé mucho miedo. Aprendí a ser consciente de dónde estaba, a tener templanza y a no ir de kamikaze. Luego fui a Ruanda, Palestina, Irak, Burundi, Zaire, Egipto...

—¿Lo peor?

—Ruanda. Había montañas de cadáveres que cargaban con una excavadora, los llevaban al aeropuerto y los volcaban en una fosa común. Nunca publiqué esas fotos. Pasé más peligro en Burundi, no había guerra abierta, pero tenías que entrar metido en un maletero porque no querían testigos.

—¿Por qué volvía?

—Por las historias personales de gente en situaciones límite que no te piden nada y te dan todo. Vas con dólares, chaleco antibalas y acreditación de Naciones Unidas a Sarajevo. Si te pasa algo, te sacan el primero. Una profesora que nos alojó en su casa iba todos los días al colegio jugando la vida para que se mantuviera abierto. El Gobierno le pagaba, simbólicamente, un dólar mensual. Veinte años después aún me pone la piel de gallina.

—¿Hizo dinero?

—Hace veinticinco años pagaban diez veces más que ahora. Un reportaje de Ruanda podía venderlo a "Tiempo" o a "Interviú" por 300.000 o 500.000 pesetas.

Trabajó 25 años asociado con Ramón Jiménez en la empresa Artefacto y en Banco Imágenes (segundo banco de imágenes de España: 70.000 fotos de 200 fotógrafos del mundo) en Valnallón.

—Era más rentable y agradable ser nuestros jefes. En los albores de internet ganamos dinero. Vendíamos una foto en 175 euros; hoy vale 50 céntimos de dólar. Duró hasta 2005.

Conoció a su mujer hace quince años en una cena de amigos. María González es trabajadora social en Cruz Roja.

—Una suerte, tiene los pies en la tierra mucho más que yo.

—¿Para qué sirve tener 32.000 fotos de minería?

—Recuerdan lo que hiciste, documentan una época que no volverá y dejo algo para Matías.

—Vio mucho mundo y se quedó en la cuenca.

—Me arrepiento. En los noventa viajaba seis veces al año y tuve muchas ofertas en Madrid. Yo decía: "¡Es que Asturias ye tan guapo! Regreso a la tranquilidad y al profundo anonimato".

—¿No fue capaz de ver lo que significaba la reconversión?

—Estaba fuera del perímetro de la minería. Me enfurece muchísimo que llevamos veinticinco años recibiendo 20.000 millones de pesetas para regenerar y sirvió para lo robasen, lo gastasen, lo derrochasen, cambiasen las farolas, pintasen la valla del cementerio e hicieran una autovía minera a Bimenes. Y no nos engañaron, todo el mundo, desde el primero al último, lo sabíamos. Siempre pensé que esa regeneración iba a llegar antes del fin de la minería. Pero los asturianos, muchas veces, no vemos el pozo hasta que caemos dentro. En las Cuenca está el tumor, pero la metástasis se extiende hacia Gijón y Avilés... Fui gilipollas, gilipollas.

